

La buena sociedad

Por una izquierda europea anticapitalista e internacionalista

Bajo el rótulo del neoliberalismo se esconde un programa complejo, orquestado por influyentes personalidades políticas y económicas, y que concede un lugar central al mercado. Como alternativa, se presenta la subordinación de este a los intereses generales de la sociedad. El autor defiende un modelo de Estado social, cuya sociedad esté articulada por la propiedad común: la sanidad, la educación, el agua, la tierra, la naturaleza, los seres humanos, el patrimonio histórico y cultural no son mercantilizables. En este artículo plantea que la izquierda anticapitalista debe reflexionar en torno a un potencial sistema de protección social que permita el reparto del trabajo y de la riqueza y la garantía de una ciudadanía social para todas y todos, es decir, que ofrezca la cobertura de las necesidades básicas. Para ello es precisa una nueva moral social anticapitalista, que incluya el respeto al medio ambiente y el civismo, la generosidad, el altruismo, la conciencia de la fragilidad de los seres humanos y del planeta, la sensibilidad social y una economía basada en el trabajo de cooperación.

La quiebra el 15 de septiembre de 2008 del banco norteamericano Lehman Brothers, el cuarto banco de negocios del mundo, significó, para algunos analistas sociales, el momento de arranque de la crisis financiera en la que estamos instalados. Podríamos caracterizar el presente como el tiempo del *capitalismo volátil*. La crisis actual prueba la incapacidad del capitalismo financiero para articular una sociedad mínimamente integrada, pero aún no se ha abierto un amplio debate en las sociedades democráticas sobre el cambio del modelo de sociedad. Es preciso elegir sin ambigüedad entre el mercado autorregulado y el Estado social.

Tras la crisis griega se confirma la hipótesis de que los mercados de valores se están viendo sometidos a fuertes movimientos especulativos tendentes a desestabilizar la zona euro. Mientras tanto las disparidades en la Unión Europea se intensifican, lo que parece dar la razón a Milton Friedman quien,

Fernando Álvarez-Uría es profesor de sociología en el Departamento de Sociología IV (UCM)

en 2002, el año en el que el euro fue adoptado por 16 países de la Unión Europea, predijo que *en diez o quince años la zona euro terminará por estallar*. Posiblemente, una vez más, Friedman confundió sus deseos con la realidad.

Vivimos en la actualidad una crisis global del capitalismo posindustrial que viene acompañada de programas de ajuste de los Gobiernos, tanto progresistas como conservadores. La mayor parte de esas medidas no están destinadas a acabar con los paraísos fiscales, ni con la ingeniería financiera, ni con la especulación, ni con la explotación de la fuerza de trabajo, ni con la sima que separa a los países ricos de los pobres, es decir, no se trata de una apuesta en favor del bienestar de los seres humanos. Las medidas están más bien dirigidas a recortar derechos laborales consolidados, a aumentar la edad de la jubilación, en fin, a exigir de los trabajadores cada vez mayores sacrificios en aras de una mayor competitividad. La unión monetaria, escribía el economista Michel Aglietta, únicamente puede funcionar con mecanismos de coordinación presupuestaria, con la creación de un fondo europeo de solidaridad, con la apuesta por energías renovables, la protección del medioambiente, y la inversión prioritaria en educación.¹

Se anuncia, por tanto, el final de una época y el comienzo de un nuevo ciclo económico, social y político marcado por la incertidumbre. En los partidos y los círculos de izquierdas, muchas veces perdidos entre el realismo de la gestión, la utopía, y la añoranza de un pasado mejor, no se discute suficientemente sobre propuestas alternativas que nos permitan avanzar. Voy a abogar aquí por la formación de una izquierda europea defensora a la vez del modelo social europeo y de la agroecología, una izquierda democrática, pacifista e internacionalista, que asuma de forma crítica el pasado, y su propio pasado, examinados desde posiciones libertarias y antiautoritarias.

Contra la élite del poder

En 1954 el príncipe Bernardo de Holanda y el magnate norteamericano David Rockefeller propiciaron el primer encuentro de una serie de millonarios, financieros, y políticos poderosos en el Hotel de Bilderberg, en Arnhem, Holanda. Desde entonces se vienen sucediendo reuniones anuales secretas de los miembros de este selecto *club de opinión* en el que se dan cita cerca de cien personalidades influyentes. Este año la reunión de políticos, empresarios, banqueros, propietarios de grupos de comunicación, miembros de las casas reales y dirigentes de organismos internacionales, tuvo lugar el día 4 de junio cerca de Barcelona, en el Hotel Dolce de Sitges. El centro del coloquio fue el futuro del euro. No es este el único

¹ Cfr. M. Aglietta, «La longue crise de l'Europe», *Le Monde*, martes 18 mayo, 2010, p. 20. Sobre la crisis véase el análisis de I. Ramonet, *La catástrofe perfecta. Crisis del siglo y refundación del porvenir*, Icaria, Barcelona, 2010.

foro anual en el que los miembros de *la buena sociedad* se encontrarán para autoprocursarse a sí mismos el halo de que en sus manos reposa el destino del mundo. Cada año se reúnen en el mes de enero en Davos, Suiza, la flor y nata mundial del neoliberalismo financiero. Susan George, en un libro que se acaba de traducir al español, los define como «individuos resueltos, poderosos y educados, pero de veras peligrosos, que comparten intereses de clase, sacan un extraordinario provecho del *statu quo*, se conocen unos a otros, se mantienen unidos, y quieren que básicamente no cambie nada».²

Para potenciar la cooperación entre las áreas más industriales del mundo –Norteamérica, Europa y Japón– se creó en 1973 la Comisión Trilateral formada por 390 miembros, entre los que figuran 12 españoles. Son personalidades políticas, y económicas influyentes, entre los que no faltan dueños de periódicos y de cadenas de televisión. La próxima reunión de la rama europea de la Trilateral tendrá lugar en Bucarest del 15 al 17 de octubre del presente año.

La caracterización que hace Susan George de *la clase de Davos*, de estos *amos del universo*, como los denominó Thomas Wolf en su novela *La hoguera de las vanidades*, recuerda en muchos puntos al análisis de Veblen sobre *la clase ociosa*, esa clase que gira en torno a la guerra, la política, los deportes, la ciencia y el oficio sacerdotal. Veblen nos recuerda que en el marco de los valores de esta *clase depredadora* la posesión de riqueza confiere honor, aunque en muchas ocasiones esa riqueza sea simplemente el producto de la violencia, o de prácticas astutas y marrulleras propias de delincuentes sin escrúpulos.³

No muy lejos de esa clase distinguida y opulenta, alejada de las clases trabajadoras, se encuentra *la élite del poder* estudiada por Wright Mills. Sin embargo Mills, en los años cincuenta, se refería sobre todo al estrecho círculo de políticos, industriales, financieros y militares que en los Estados Unidos, la potencia hegemónica mundial, detentaban el monopolio sobre las grandes decisiones que afectaban al destino de toda la humanidad.⁴ Desde los años ochenta del siglo XX se ha producido una deslocación de las élites, una *rebelión de las élites*, descrita con agudeza por Christopher Lasch, que ha dado lugar a *la nueva clase global*.⁵ Los foros en los que se reúnen, los organismos internacionales que les dan cobertura, les proporcionan seguridad y coherencia en torno a un programa complejo que se podría resumir bajo el rótulo del *neoliberalismo*. En contrapartida, si se exceptúan algunas

² Cfr. S. George, *Sus crisis, nuestras soluciones*, Icaria, Barcelona, 2010.

³ Cfr. Th. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, FCE, México, 1971.

⁴ Cfr. W. Mills, *La élite del poder*, FCE, México, 1973.

⁵ Sobre la *clase global* véase la caracterización del sociólogo R. Dahrendorf, *Después de la democracia. Entrevista de Antonio Polito*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 23 y ss. Véase también C. Lasch, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona 1996.

manifestaciones puntuales de resistencia, la izquierda dista de haber elaborado un proyecto coherente alternativo. Urge elaborar este proyecto pues las crisis, como han mostrado con contundencia los autores de *Los parados de Marienthal*, generan sobre todo entre los ciudadanos tendencias egoístas, reaccionarias e insolidarias.⁶ A partir de ahora el racismo, la xenofobia, la demagogia, la defensa de la Padania y de los privilegios fiscales, en fin, los pensamientos y sentimientos reaccionarios, pasarán a adquirir un mayor protagonismo en la escena social. Para muestra ahí está la Ley SB 1070 del Estado de Arizona, contra la inmigración clandestina, destinada a criminalizar a los hispanos. La izquierda no debería repetir los errores del pasado. Aun son muchos los militantes de izquierdas que, lejos de asumir la necesidad de buscar fórmulas consensuadas de democracia activa y participativa, se dejan seducir por las vanguardias, el *centralismo democrático*, las guerrillas militarizadas, los círculos conspiratorios, el radicalismo verbal prodigado por líderes carismáticos, caudillos omniscientes que reclaman de sus seguidores el fanatismo de la fe. El neoliberalismo se ha desplomado pero los tiempos que se abren no parecen tiempos propicios para aventuras revolucionarias, sino más bien para la reflexión, la discusión, el consenso y los avances de las reformas legítimas.

El desarrollo del Estado social keynesiano, durante más de treinta años en Europa, prueba que es posible supeditar la lógica mercantil a los intereses generales de la sociedad

Por una ciudadanía social

Max Weber escribió uno de los primeros trabajos sociológicos sobre la bolsa y su importante papel en el mundo económico capitalista. En él señalaba que la sobreabundancia de gestos que emiten los corredores de bolsa durante las sesiones de compra-venta de valores no están dirigidos tanto a comunicar sus opciones cuanto a alejar a los extraños de un mundo en el que sólo los expertos se mueven como pez en el agua.⁷ Ese mundo manejado por profesionales se comenzó a quebrar en Nueva York el 24 de octubre 1929, y sus efectos se dejaron sentir en todas las sociedades industrializadas de Occidente. Surgía así la Gran Depresión que duró diez años. En 1926 había pleno empleo en los Estados Unidos y el paro afectaba en 1929 a poco más del 3% de la población activa, pero en 1933 el 27% de la población activa norteamericana estaba en paro, es decir, cerca de 13 millones de trabajadores se encontraban sin trabajo y en una situación crítica. El modelo del mercado tan ala-

⁶ Cfr. P. Lazarsfeld, M. Jahoda y H. Zeisel, *Los parados de Marienthal*, La Piqueta, Madrid, 1996.

⁷ Cfr. M. Weber, *La bolsa. Introducción al sistema bursátil*, Península, Barcelona, 1987.

bado por von Mises, el maestro de Hayek, y por las legiones de los partidarios del liberalismo económico, se venía abajo. Esta dramática historia ha vuelto a repetirse.

¿El mercado debe ocupar una posición central o debe estar subordinado a los intereses generales de la sociedad? El debate sobre el estatuto del mercado mantenido durante los años treinta y cuarenta del siglo XX por Friedrich Hayek y Karl Mannheim en la London School of Economics se extendió a toda la sociedad inglesa y norteamericana, y el triunfo momentáneo, al menos en casi toda Europa, del modelo del Estado social keynesiano parecía decantar la historia a favor de la posición de Mannheim, una posición compartida por los cristianos sociales, y los socialdemócratas. Sin embargo, la crisis del petróleo surgida en 1973, que coincidió con el derrocamiento militar de la Unidad Popular chilena –que dio paso a la dictadura de Pinochet y a un experimento pionero en Chile de unas políticas neoliberales promovidas entre otros por Milton Friedman–, dieron un giro a la historia occidental de modo que tendencialmente el mercado pasó a adquirir una posición de centralidad que durante más de treinta años había perdido.⁸

Cuando el mercado, como ocurre en la actualidad, tiende a ocupar una posición central, cuando se consolida una *sociedad de mercado*, el dinero y el afán de lucro se ven entronizados en el puesto de mando. Por esto, el desarrollo del Estado social keynesiano, en tanto que experiencia histórica que se materializó durante más de treinta años en Europa, y que, con variantes propias en cada país, consolidó para los trabajadores amplios derechos sociales que sirvieron de base a una vida digna, prueba, en primer lugar, que es posible supeditar la lógica mercantil a los intereses generales de la sociedad, es decir, prueba que es posible imponer regulaciones al mercado puesto que una larga institucionalización del Estado social así lo ha puesto de manifiesto en la práctica. La izquierda debe retomar y prolongar un modelo de sociedad articulada por la propiedad social, es decir, por la propiedad común. La sanidad, la educación, el agua, la tierra, la naturaleza, los seres humanos, el patrimonio histórico y cultural no son bienes mercantilizables. Es posible caminar hacia sistemas dinámicos de protección social que permitan el reparto del trabajo y de la riqueza y aseguren para todos una ciudadanía social, es decir, la cobertura de las necesidades básicas. La Unión Europea avanza lentamente, quizás demasiado lentamente, hacia una federación de Estados, hacia una Europa social y política. Las fuerzas sociales progresistas pueden y deben defender la globalización de los derechos de protección social que en Europa se han visto erosionados con el paso del capitalismo industrial al capitalismo financiero.⁹ Sin

⁸ He tratado de señalar las líneas maestras de ese debate en F. Álvarez-Uría, «Sociología y libertad. El debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad», *Arxius*, 12-13, diciembre 2005, pp. 13-40.

⁹ Un indicador de la fragilización de las relaciones laborales no es solo el desempleo, sino también la temporalidad de los contratos. En España los contratos temporales afectan a más de un cuarto de los asalariados. Sobre la erosión del trabajo estable véase R. Castel, «Tiempos de incertidumbre. Cambios en el trabajo, las protecciones y el estatuto del individuo», *Minerva*, 14, 2010, pp. 72-76.

embargo, los fundamentalistas del mercado no van a asumir fácilmente el cambio de valores que implica un cambio drástico de sociedad. De hecho, la dialéctica suscitada por el proyecto de Constitución europea enfrenta de nuevo, al igual que ocurrió en los años treinta y cuarenta del siglo XX, a neoliberales y socialdemócratas, un enfrentamiento que gira fundamentalmente en torno al estatuto del mercado en la sociedad.

La pregunta, por tanto, sobre el estatuto del mercado en el interior de nuestras sociedades no es abstracta, incide directamente en la sociedad en la que vivimos y, sobre todo, en la sociedad en la que nos gustaría vivir, es decir, la sociedad propia de un mundo civilizado. La izquierda pacifista e internacionalista europea, la izquierda plural, debe y puede convertir la resolución de cuestión social en la cuestión central. Ello puede suponer tener que trabajar a contracorriente pues al fundamentalismo neoliberal se suma, como consecuencia de la radicalización del proceso de individualización, el protagonismo de la obsesión identitaria. La lucha contra las desigualdades sectoriales y locales deberían integrarse en el marco de un cambio macrosocial.

Agroecología y soberanía alimentaria

Desde el estallido nuclear de Chernóbil hasta la marea negra que actualmente anega al golfo de México, pasando por el hundimiento del *Prestige*, las vacas locas, las epidemias porcinas y el calentamiento global, las catástrofes ecológicas provocadas por la voracidad mercantil de las empresas y de los Estados se suceden. Las apuestas por la energía limpia y la austeridad en el consumo constituyen en la actualidad un imperativo moral. El cinismo imperante en la economía capitalista, el juego sucio en la política de partidos clientelísticos, la avaricia, el consumo ostentoso, el despilfarro, y la corrupción, no están inscritos a fuego en la naturaleza humana. El *homo oeconomicus* es un tipo ideal patológico que se prodiga en el marco del capitalismo liberal y neoliberal. Es preciso combatir el fraude fiscal y la economía sumergida, poner coto a las estafas y a la corrupción que en muchos casos quedan impunes. Personajes de *la buena sociedad* como Bernard Madoff, Allen Stanford, Raj Rajaratnam, Kenneth Lay, Bernie Ebbers y otros magnates que visitaron las cárceles, son la parte visible de un enorme iceberg de impunidad. Los italianos por ejemplo ocultan al fisco 270.000 millones de euros anuales, es decir, el 22,2% del PIB y en España y Portugal el porcentaje del fraude fiscal ronda en torno al 20% del PIB. La generosidad, el altruismo, la conciencia de la fragilidad de los seres humanos y del planeta, la sensibilidad social, pueden convertirse en los valores dominantes de una nueva moral social anticapitalista que implica el respeto del medio ambiente y el civismo. Es preciso dejar atrás la sociedad del desperdicio, la sociedad de la contaminación, del automóvil, del pan y circo, la sociedad consumista, para establecer un nuevo modo de relación con las personas y con las cosas. Del capitalismo volátil es necesario pasar a una economía basada en el trabajo en cooperación con los pies bien anclados en la tierra.

Durante siglos la conservación ecológica de la tierra ha estado asegurada por prácticas tradicionales de agricultores y campesinos respetuosos con la naturaleza. La introducción del capitalismo agrícola ha ido acompañada de producciones intensivas y extensivas, del recurso a pesticidas y herbicidas, de la producción por empresas multinacionales de semillas transgénicas patentadas que agreden y esquilman los recursos naturales. Podemos encaminarnos hacia prácticas ecológicas de producción y consumo, hacia una agroecología que permita el acceso de todos a alimentos de calidad. En este sentido, es posible desarrollar los mercados locales, potenciar y dinamizar las zonas rurales, luchar contra la desertificación y contra la contaminación, impulsar la biodiversidad, cuidar el patrimonio natural y cultural, avanzar hacia la suficiencia alimentaria de las naciones para acabar con la pobreza y con el hambre en el mundo.

**Del capitalismo volátil es necesario pasar a una economía
basada en el trabajo en cooperación con los pies
bien anclados en la tierra**

Hacia un nuevo orden internacional

Al desplome del comunismo soviético, a la caída del muro de Berlín, a los atentados de Nueva York, Madrid y Londres, a la guerra de Iraq y a los desastres ecológicos de los últimos años, se añade ahora la crisis del capitalismo financiero internacional. El modelo económico, social y político liderado por Estados Unidos durante el siglo XX, implica armamentismo agresivo, políticas imperialistas, guerras, un sistema penal y penitenciario en el que se castiga la pobreza y se legaliza la pena de muerte, un modo de producción fordista basado en el consumo depredador y en el despilfarro, una cultura mediática anclada en una permanente apología de los triunfadores de la lucha económica en la sociedad del espectáculo –los *winners* frente a los *losers*–. Pues bien, este modelo ha puesto al mundo al borde de la catástrofe. Entre las grandes tareas del siglo XXI, tras el derrumbe del comunismo y la gran crisis del capitalismo depredador, destaca una vez más la necesidad de proteger a la humanidad de los cinco gigantes de los que habló Beveridge en su Informe de 1942: la ociosidad de los sin trabajo, la indigencia de los sin techo, la ignorancia de los analfabetos, la enfermedad de los que carecen de asistencia sanitaria, la pobreza de los que carecen de los recursos más necesarios. Es posible derribar a estos cinco gigantes que hacen de la vida humana una vida inhumana, y promover los derechos humanos a escala global. Para ello se precisa un nuevo orden internacional, y, por tanto, poner en marcha organismos internacionales de cooperación y desarrollo.

La objeción de conciencia contra el servicio militar de los jóvenes y los movimientos sociales pacifistas, que se manifestaron contra la guerra del Golfo, señalaron para la izquierda el camino de la movilización activa contra el armamentismo y todo tipo de violencia, incluida la mal llamada *violencia revolucionaria*. El mundo no se puede permitir el despilfarrero del armamentismo y las guerras, ni el coste material y moral del mantenimiento de los ejércitos. La vida de los seres humanos es sagrada.¹⁰ Los organismos internacionales, y más concretamente la ONU, deberían adquirir un nuevo protagonismo y desempeñar un papel de mediación decisivo en los conflictos internacionales de modo que sus resoluciones y sanciones encuentren soporte en una fuerza internacional de paz capaz de hacer cumplir sus resoluciones.

Los acuerdos de Bretton Woods, firmados el 22 de julio de 1944, lejos de asumir las propuestas de Keynes destinadas a articular un modelo de Estado social a escala internacional, lejos de dar un protagonismo al Banco Mundial, entonces un organismo de nueva creación encargado de la redistribución de la riqueza mundial y de la lucha contra la pobreza, lejos de luchar contra el capitalismo especulativo, los paraísos fiscales, la economía fraudulenta y sus productos *derivados*, reforzó la posición hegemónica de Estados Unidos en detrimento de las propuestas de Keynes de un nuevo orden internacional equilibrado basado en la solidaridad.¹¹ Los llamados movimientos antiglobalización tienen razón en denunciar el sesgo neoliberal de estos organismos, pero lejos de propiciar un especie de vacío legal que obligue a retornar al juego de pasiones e intereses de las naciones y de los nacionalismos, la izquierda europea debería luchar por la creación de organizaciones internacionales de negociación y de consenso que arbitren medidas en favor de sociedades más justas y democráticas.

Reflexiones finales

El modelo social europeo está en cuestión, y sin embargo, pese al carácter elitista y un tanto tecnocrático con el que se inició el Estado social keynesiano, pese a sus limitaciones, es un orden a la vez económico, social y político que hay que desarrollar, profundizar, globalizar, pues sitúa el interés de las mayorías, el bien común, en el puesto de mando. El Estado social domestica al capitalismo al supeditararlo al interés general. La propiedad social asegura para todos una red protectora y crea las condiciones para la cohesión social. Asociaciones ciudadanas, movimientos sociales, sindicatos, partidos políticos progresistas, podrían partir de un cierto consenso en torno a la defensa del Estado social para impulsar

¹⁰ Karl Polanyi puso de manifiesto los efectos devastadores de la creación de la *sociedad de mercado*, es decir, los efectos que se siguen de mercantilizar bienes no mercantilizables, como los seres humanos y la naturaleza. Cfr. K. Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, La Piqueta, Madrid, 1989.

¹¹ Sobre los acuerdos de Bretton Woods véase R. Skidelsky, *Keynes*, Alianza, Madrid, 1998.

un proyecto europeo común que incida en la marcha hacia un mundo más humano. En este sentido en el Parlamento europeo, pese a sus limitadas competencias, el bloque socialista, los verdes, los defensores de los Estados Unidos de Europa, tienen hoy la obligación moral de abrir la vía a un proceso constituyente que institucionalice la protección social de los ciudadanos como el principal programa del gobierno europeo.

La izquierda europea anticapitalista e internacionalista no puede tan solo nutrirse de partidos, sindicatos, y movimientos sociales, es preciso potenciar a la vez las asociaciones ciudadanas, la creación de colegios profesionales, ateneos, tertulias, debates, en fin, redes alternativas de reflexión, de comunicación, de conocimiento que promuevan la crítica institucional y la democracia en las instituciones.¹² La izquierda plural pasa hoy por la unión de las fuerzas del trabajo y de la cultura contra *los amos del universo*, contra la hegemonía del capital financiero internacional que ha violentado y desestabilizado las relaciones sociales. Las políticas neoliberales, para ganar competitividad, justifican erosionar sin cesar los derechos sociales. La propuesta es reaccionaria pues implica hacer retornar los derechos de los trabajadores de la condición salarial a la condición proletaria, es decir, multiplicar el número de desafiados.

Entre el 26 y el 30 de agosto de 1938 tuvo lugar en París el Coloquio Lippmann con motivo de la traducción al francés del libro de Walter Lippmann titulado *The Good Society*. En el encuentro se reunieron 26 personalidades vinculadas al liberalismo, como Mises, Hayek, Rougier, y periodistas como el propio Walter Lippmann. Entre ellos figuraba también el pedagogo español José Castillejo, de la Institución Libre de Enseñanza, y, aunque había sido invitado, no asistió José Ortega y Gasset. El Coloquio Lippmann acuñó por vez primera el término *neoliberalismo*, y planteó la necesidad de elaborar un programa alternativo a la vez a los totalitarismos y al *New Deal*. En el libro de Walter Lippmann el Estado social era ya el gran enemigo a abatir: «El culto al Estado-providencia –escribía–, es hoy la nueva religión revelada.» Y también: «El Estado-providencia del futuro poseerá toda la autoridad propia del más absoluto de los Estados del pasado, pero será muy distinto; los técnicos consagrados reemplazarán a las cortesanas y a las favoritas de los reyes, y el gobierno, armado de un poder irresistible, dispondrá a su arbitrio de la humanidad.» Hoy sabemos que se equivocaba: es el neoliberalismo el que ha hecho del mundo un caballo desbocado. El Coloquio Lippmann abrió la larga saga de los encuentros de los apóstoles de la centralidad del mercado que llegan hasta la actualidad. Entre el 1 y el 10 de abril de 1947 Hayek organizó en el Hotel du Parc en Mont Pelerin, Suiza, el primer encuentro y la formación de la Sociedad Mont-Pelerin. Acudieron 36 personalidades influyentes como Mises, Popper, Robbins y el propio Hayek. Entre los españoles figuraba Salvador de Madariaga. Desde entonces la

¹² Hemos propuesto este programa crítico de transformación personal y social en F. Álvarez-Uría y J. Varela, *Sociología de las instituciones. Bases sociales y culturales de la conducta*, Morata, Madrid, 2009. Sobre la manipulación informativa véase el libro recientemente traducido de M. Otte, *El crash de la información*, Ariel, Barcelona, 2010.

Sociedad Mont-Pelerin acoge cada año a sus miembros convertidos en la nueva élite del poder, en el faro del pensamiento económico neoliberal. Su tesis emblemática se podría resumir así: *el mercado autorregulado es la única instancia que puede asegurar a la vez la libertad individual y el progreso social*. Impugnan por tanto la posibilidad misma del razonamiento sociológico, al que despectivamente denominan *el constructivismo*.¹³ A su juicio la humanidad no puede diagnosticar los males sociales ni asumir críticamente su propio destino pues el orden social es espontáneo. Es preciso que la riqueza fluya como un río. Para que el cauce no se detenga, y riegue siempre los campos de los más ricos, *los guardianes de la libertad*, el grupo exquisito de economistas neoliberales, integrados en *la buena sociedad*, ejercen celosamente el oficio de centinelas. Para ello no han recibido ningún mandato social. Quizás ha llegado la hora de velar por sus derechos sociales y de adelantarles la edad de jubilación.

¹³ Retomo las citas de la versión francesa del libro de W. Lippmann, *La Cité Libre [The Good Society]*, Librairie de Médicis, París, s. a., pp. 23 y 44. Sobre el Coloquio Lippmann véase el libro de S. Audier, *Le Colloque Lippmann. Aux origines du neoliberalism*, Le bord de l'eau, París, 2008. Sobre el orden espontáneo, véase el artículo de F. A. Hayek, «Los errores del constructivismo», *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, The University of Chicago Press, Chicago, 1978.